

X Dr GERARDO FALCONI

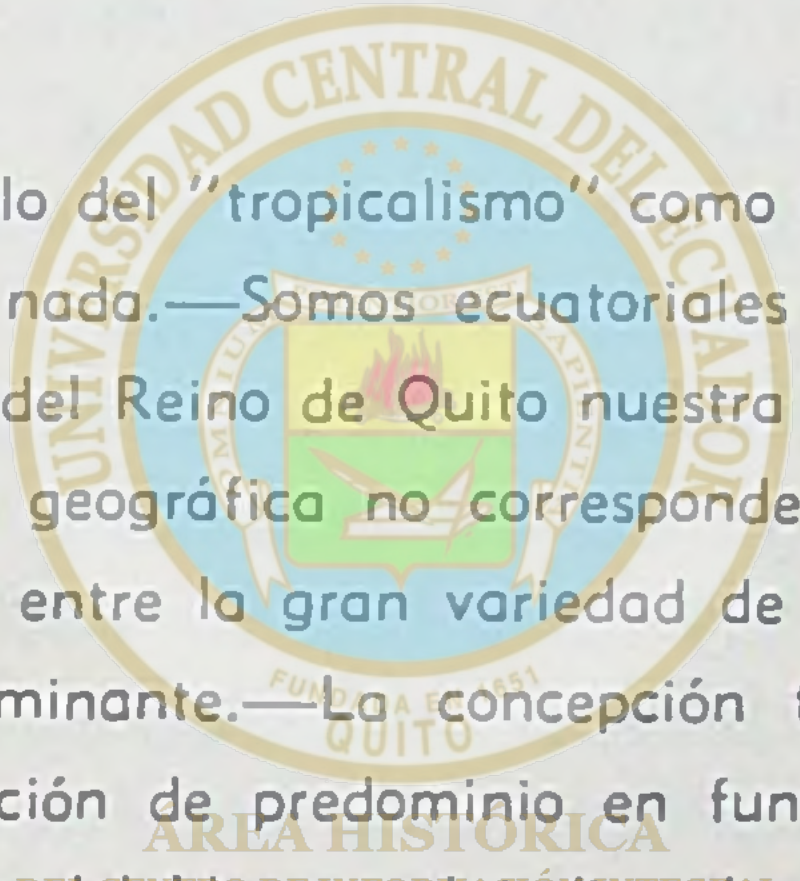
X GEOGRAFIA Y PAISAJE
DEL RITMO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

GEOGRAFIA Y PAISAJE DEL RITMO

(Capítulo de la obra inédita intitulada "SOCIOLOGIA DE LA MUSICA Y LA DANZA EN EL ECUADOR")



Aquello del "tropicalismo" como medida del país no nos explica nada.—Somos ecuatoriales tan solo por latitud, pero es la del Reino de Quito nuestra exacta expresión.—La etiqueta geográfica no corresponde a la realidad climatérica.—De entre la gran variedad de climas no es el tropical el predominante.—La concepción telúrica de Ratzel.—Comprobación de predominio en función del número y la ubicación del blanco, el indio, el mestizo, el negro y el mulato.—La música y las danzas indígenas imprimen sus rasgos y dan contenido permanente al arte nacional.—Peligros del período transitorio no bien controlados entre el indio y el mestizo.—No puede ser tropical el país de la danza de las estaciones y el predominio esencial del hombre de la altiplanicie.

De querer entrar por la modalidad generalizada, y aun, lo que es más, hasta esforzadamente propugnada por valiosos exponentes del pensamiento nacional, tendríamos que incurrir también en aquella repetición indiscriminada que ha dado en atribuir a nuestro clima político y social y a nuestro medio físico en general, aquello del "tropicalismo", como medida unitaria y representativa del país. Mas, tal apreciación, por intentar explicarlo todo, parece ha concluído por no aclararnos nada. Y esto por decir lo menos.

Los avatares de nuestra nacionalidad, nuestra acci-

dentada formación sociológica de país independiente, han tenido que atravesar por un cierto fatalismo que nunca he acertado ha explicarlo, ni mediante una fórmula optimista de país excesivamente exhuberante y rico de esencias humana, que por efecto de esa misma potencialidad demora su organización y el descubrimiento de su verdadero camino. O talvez, de manera más desconsolada, como país equivocado en la programación de sus lineamientos nacionales, en la aleación de sus elementos raciales y geográficos. Pero, de todos modos, lo que si encuentro reciamente verdadero es que: algo viene fallando en nuestra elaboración nacional; que no juegan correctamente nuestros resortes de pueblo autónomo; que nuestro elemento humano que intrinsecamente muestra capacidades espirituales y plenitudes de vitalismo, no puede responder hasta hoy a una voluntad certera, unificada y continua de creación; a un concepto de organización colectiva que le permita encontrarse a si mismo, ponerse a madurar su potencias al sol del progreso, aprovechar y superar los valores congénitos, venciendo obstáculos, orillando vicios redhibitorios y resolviendo auténticos problemas de civilización y cultura.

Nos ha perseguido un capricho, acaso un determinismo singular que gravita sobre la voluntad de los hombres, como un resultado del medio físico que depende a su vez del propio sistema astronómico y las fuerzas telúricas que nos rodean y parece han echado sobre nosotros, en la heredad que nos ha correspondido en el reparto del mundo, una alteración de las leyes comunes, algo como un destino de desorientación y excepcionalidad.

Pues ocurre que, todo sale de sus cauces normales en nuestra geografía. Siendo como somos país atravesado por la línea equinoccial, no tenemos, sin embargo, el clima tórrido común para las zonas por donde cruza ese máximo círculo. Pero si, con inaudita ceguera, pasando por alto la confusión a que puede dar lugar nuestra analogía con la de aquellos otros lugares cruzados por la dichosa línea, tales como las selvas Amazónicas o Africanas o la de las Islas de la Sonda; siendo así que no estamos sometidos a la gravitación tropical que debía corresponder a la totalidad de nuestro país, inconscientemente destruimos el nombre propio para nuestra representación nacional, por hallarse historiado de leyenda, de tradición y de gloria, como es el que heredamos de nuestro antiguo Reino de Quito; y precisamente a-

certamos como denominación, aquella del círculo en cuyos límites habitamos, o sea el de Ecuador, procurándonos de esta suerte toda las falsas y desfavorables apariencias para el juzgamiento que harían de nuestro país los pueblos extraños, sin que nos hallemos —insisto— como no nos hallamos, por excepción, dentro de la realidad climatérica de aquellos de análoga latitud a los cuales, a ellos sí, devora el tropicalismo que para nosotros estamos reclamando, con todas sus dramáticas ardencias y naturales derivados en el medio físico, la raza y la cultura.

De tal manera que iniciamos nuestra vida independiente acogiéndonos a una simple etiqueta geográfica que ni siquiera nos corresponde y desvirtuando, mientras tanto, la verdad y el sentido hitórico encarnado en el viejo nombre y blasón de nuestro pueblo. Y por si esto no fuera suficiente, insistimos en reclamar como común denominador para nuestro país y nuestra cultura el de tropical, que así mismo ni nos conviene ni corresponde a nuestra realidad. Parecería pueril mi insistencia sobre este último tópico, mas no lo es si se toma en cuenta que esta afirmación ha venido a tomar entre nosotros la importancia de un axioma.

Por todo esto que encuentre en este caso la oportunidad de impugnar dicha tesis tropicalista, —que procuraré refutarla más ampliamente en otro momento— habida cuenta de que dicha impugnación me ha de servir también, como necesario fundamento para la averiguación que estoy intentando, acerca de la localización geográfica que corresponde en el Ecuador, a nuestra música y danzas y las causas y razones para explicarnos el por qué de tales localizaciones en sus orígenes y desarrollo.

El Ecuador, en efecto, por su situación latitudinal pertenece a la zona tropical. Así, pues, me hallo de acuerdo, en tal sentido, con la tesis del tropicalismo ecuatoriano, pero a condición de que ha de serlo, sólo en principio, pues ocurre que todos los demás elementos geográficos determinan para nuestro país una gran variedad de climas, de entre los cuales no es precisamente el tropical el predominante.

En efecto, debido a nuestras grandes alturas, o sea a nuestro sistema orográfico (en la región andina fluctuante entre los 2.000 y los 6.000 metros); a las corrientes marinas como la conocida con el nombre de Humbolt, que llegando desde los mares australes templan grandemente estas costas; a la distancia del mar; a la dirección de las co-

rier!tes atmosféricas influídas por los vientos alisios que nos traen su frescor —por venir como vienen de las regiones heladas; y por la exposición al sol que presentan sus diversos lugares, goza el Ecuador, al decir de Wolf, nuestra máxima autoridad en esta ciencia, de un clima primaveral y mas bien frío en las regiones altas tales como los páramos; de clima templado en los valles interandinos; en las llanuras centrales de la costa de clima suave y abrigado en la mayor parte del año; y sólo clima tórrido en las regiones bajas e internas occidentales. Ningún país, efectivamente, a igual latitud, posee clima tan variado ni presenta una orografía tan irregular, accidentada y llena de sorpresas y contrastes como la de nuestro Ecuador. Todas las variaciones de temperatura, humedad y presión del clima en general, son consecuencia de los **agentes locales**, que si no anulan, modifican por lo menos, sustancialmente, a los agentes generales que ya se deja enunciados.

En tal situación ¿cómo podremos hablar de tropicalismo en forma de denominador común de nuestra integración nacionalista y menos derivar de este fenómeno toda nuestra conformación sociológica? ¿No podría este prejuicio, este como mito climatológico, llevarnos a incurrir en graves errores o desviaciones en la interpretación de nuestras múltiples realidades?

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Mayor este peligro todavía si ateniéndonos a la vigorosa concepción telúrica de Ratzel, inferimos que todo lo que existe en la superficie de la tierra o guarda relación con ella es objeto del estudio geográfico. El hombre es producto de la tierra, es el axioma geopolítico de hoy. La Biografía, por su parte, está afianzando en nuestros días las conexiones entre los fenómenos físicos y los hechos sociales, arrancando su esencia de la relación inseparable que existe entre la tierra y la vida.

Ahora, ya directamente en lo que se refiere a la Climatología, que según lo hemos visto guarda estrecha relación con lo orográfico y geológico, dentro de una aplicación de las doctrinas de Gumpowicz y Herbertson, entre otras conclusiones de orden sociológico, afirma Ratzel, que: "la sumisión del habitante de la parte más cálida al de la parte más fría es un fenómeno natural que no deja lugar a dudas. Basta recordar —dice— el caso de Macedonia sobre Grecia, el de Prusia sobre Alemania, el del Norte de España sobre el sur, en la guerra contra los moros, etc".

En el Ecuador, aun cuando con ciertas apariencias ocasionales en contrario, la historia trata de ratificar este axioma. En efecto, en nuestra gran tradición de país, en nuestra historia, en las instituciones jurídicas, las directivas políticas, las costumbres, el arte, la religión y la cultura en general, como primera observación tenemos que aceptar la de que todas ellas no obedecen ni pueden obedecer a una característica sobresaliente y constante de país tropical, sino a la de un medio físico **policlimático**, si puede aceptarse la expresión, para significar la multiplicidad de climas que determinan nuestro modo de ser y de actuar; señalándonos, antes que una trayectoria infundida de tropicalismo, mas bien la indeterminación, el salto brusco, la ineficacia para vertebrar y organizar nuestras directivas sociales y procurarles soluciones de carácter nacional y favorable, que no parecen ser sino un reflejo directo de nuestras fuerzas telúricas variadas y cambiantes, de nuestros factores climatéricos tan contrapuestos y discontinuos aun dentro de una misma región y aun desde un lugar a otro de aquellos que se hallan separados por muy cortas distancias. "Es como si una dialéctica cosmogónica pusiera a luz sus propias contradicciones" asevera Monsalve Pozo, acerca de este fenómeno.

Es así como, en esta tierra ecuatorial, en la que seguramente la contraposición de los elementos cósmicos desatados del cinturón del equinoccio, el salto vertiginoso del mar a la montaña y del valle a la altura escarpada, la incontrollable versatilidad de los climas, parece como que ha repercutido también en los hombres y en los hechos sociales, tornándolos a aquéllos en fracciones dispersas, unidades aisladas, ánimos poco propensos al esfuerzo organizado, al encuentro frecuente en los planos del trabajo mancomunado y de acción integral hacia un futuro cierto.

Mas, si es innegable esta variedad y por lo mismo y hasta cierto punto la indeterminación consecuente, como modalidad de nuestro país, se halla demostrado también el hecho de que, dentro de esta relatividad, no es el determinismo tropical el que más ha impuesto sus características peculiares en el medio nacional, sino más bien y en todo caso, es la influencia derivada de la antiplanicie y el clima templado la que ha dado color y sustancia a la historia y a las realidades del país.

Bien mirado este fenómeno, lo encontramos actuando

aún dentro de la trayectoria de los mismos hombres que por nacimiento pertenecen a la región tropical, especialmente en lo que se relaciona con Guayaquil, la importante ciudad porteña, exhuberante en su naturaleza, destacada en el relieve de sus hombres y en la trascendentalidad de los hechos de dimensiones nacionales. Para no referirme sino a una zona de la actividad social, la política, el litoral cuenta con el privilegio de haber ofrecido al Ecuador, seguramente sus tres más recias contexturas de mandatarios: Rocafuerte, García Moreno y Alfaro. No obstante, si se profundiza en la personalidad, el temperamento y la obra de estos tres máximos exponentes, no creo que pueda resistir al análisis la concepción estrictamente tropicalista de los mismos. Se encontraría más bien que, tanto en el hombre como en la obra y en sus ampliaciones y trayectorias sobre la realidad nacional, también a ellos alcanza el complejo de la inestabilidad climatérica, la discontinuidad de las corrientes telúricas, el proceloso avatar determinado por la atmósfera alterna y contrapuesta que caracteriza al medio nacional al cual pertenecieron y dentro del cual actuaron, predominando siempre, eso sí, la prepotencia del influjo andino, aun sobre la formación tropical originaria.

Y no podía ser de otro modo, puesto que, es la geografía de la zona templada la que relleva y da pulso y fuerza más compacta a la elaboración nacional, no obstante de todo el poder de riqueza y temperamento que le son inherentes al trópico ecuatoriano.

Bastaríanos para comprobarlo investigar dentro de la prehistoria, ¿cómo es que fueron los núcleos indígenas que se ubicaron en la zona templada los que formaron los conglomerados más numerosos, consistentes y predurables, y cómo es que estos mismos elementos, no obstante de la dominación y miseria de que se les ha hecho víctimas, son los que a través de toda nuestra historia continúan trasfundiéndose e influyendo poderosamente en todas las manifestaciones de la vida social, económica y cultural del país! Sin que hubiera podido detener esa emanación soterrada ni siquiera el gran crimen nacional de la cultura blanca europea, asentada en nuestras tierras, de no haber sabido incorporar, hasta hoy, esa corriente mayoritaria a la vida de la civilización, ni haberle permitido tampoco su propio y racional desenvolvimiento autóctono.

Y esto que, dentro de lineamientos generales estoy sus-

tentándolo como antecedente, para su referencia y aplicación a los órdenes comunes de la actividad humana, ha de servirme también de punto de partida para la demostración, de cómo en el sistema del arte ecuatoriano y particularmente en su música y danzas, también son el espíritu y las peculiaridades del hombre nativo o residente de la zona templada, los que imprimen sus rasgos y dan contenido básico a estas manifestaciones del arte nacional en su función permanente.

Para una más real investigación de la tesis que vengo sustentando y para darle mejor aplicación en cuanto se refiere a lo que he dado en llamar la geografía y paisaje de la música y las danzas en el Ecuador, trataré de revisar, ante todo, las zonas climatéricas en las que se divide el Ecuador, para luego observar la clase de elemento humano que pervive en cada una de ellas, junto con sus modalidades y características esenciales.

La región oriental ecuatoriana, también llamada en otro tiempo la de las selvas Amazónicas, ha comportado siempre una angustiosa desorientación en materia de límites, pues que nuestra línea divisoria fuera traída y llevada en forma tan arbitraria, que, si un día tuvimos a Colombia por el norte, al Perú por el sur, y al Brasil por el este; luego Colombia saltó también hasta nuestro occidente y Perú se distendió incontenible por nuestro oriente, hasta llegar al calvario de Río de Janeiro, en el que las naciones americanas, unificadas y fraternas, consumaron la inmolación de una gran parte de nuestras tierras orientales en el año 1942. Por lo cual, de país descubridor y suministrador de los principales afluentes del gran Río y poseedor de buena parte de sus márgenes, se trata de denegarnos aun los títulos y acciones que nos acreditaron —con derecho y gloria bien ganados—, como a país amazónico.

Lo que nos queda, pues, de esta inmensa región, se caracteriza por su humedad, calidez y abundancia de lluvias: todavía en su mayor parte selvas impenetrables, verdaderos océanos vegetales en los que dominan las calmas ecuatoriales sólo interrumpidas por las brisas refrescantes de los alisios y suavemente temperadas por las aguas de los ríos que descienden de los deshielos andinos. Conserva aun la región algo de la leyenda y el misterio del fabuloso país que despertara la codicia y la hazaña de Gonzalo Pizarro, prolongada hasta el clima de la epopeya por Francisco de

Orellana. Se supone a esta región y en parte se lo ha verificado ya, como depositaria de inmensas riquezas vírgenes y considerables yacimientos de oro y de petróleo.

La región altocentral, conocida con el nombre de Sierra, forma la famosa "avenida de los volcanes" al extenderse entre los dos grandes ramales andinos, cuyos fértiles valles demarcan y se entraban entre sí por medio de un sistema de nudos y de hoyas que vienen a representar como la columna vertebral dentro de la anatomía del país. Es ésta la parte más poblada y en la que se concentran el mayor número de las ciudades ecuatorianas. La orografía de esta región es tal vez una de las mas accidentadas y caprichosas del mundo, pues fluctúa entre los 2.000 y 6.000 metros de altura. Esto sin contar con las estribaciones andinas que descienden en sucesión de planos inclinados hasta las explanadas litorales. Estas zonas de transición vienen a completar la gama de todos los climas que con razón se asegura los posee nuestro país. Como lógica consecuencia, esta región interandina se encuentra dotada de todos los productos, desde los peculiares a la zona fría de los páramos, pasando por las ubérrimas dádivas de la zona templada, hasta los del subtrópico que es el de sus últimas estribaciones cordilleranas. Es esta pues la región **omniclimatérica**, de la danza de las estaciones.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La Costa o región litoral es toda ella una llanura a la que apenas altera la presencia de ligeras elevaciones, que tal vez no alcanzan a la denominación de cordilleras que se les confiere.

El profesor mexicano Moisés Sáenz, de tan grata recordación entre nosotros, la subdivide a su vez en cuatro zonas: "La de los manglares junto al mar y los esteros salados; la de las sabanas o tembladeras, de unos cinco kilómetros de ancho, baja y plana, cubierta de gramíneas, que se inunda durante la temporada de aguas y que no es propicia para la agricultura, aunque si es excelente para la cría de ganado; la zona de cultivos que se extiende desde la orilla de las sabanas hasta las faldas de la cordillera, suelo de aluvión, libre por lo común de innundaciones, magnífico para el cultivo del cacao, que se da silvestre en muchas partes, de la caña de azúcar, del banano, del arroz, de las piñas, y de muchos otros cultivos tropicales, y por último la zona llamada montaña, que se extiende por las laderas de las cordilleras hasta unos mil metros de altura, región de

selvas vírgenes, de ríos estrepitosos cuyas vegas y bancos se prestan admirablemente para la agricultura tropical y subtropical".

Tenemos, por fin, la región insular del Archipiélago de Colón, generalmente conocida con el nombre de las Islas de Galápagos, la que está constituida por un territorio de colonización, desprovisto de capital expansivo y por lo regular ausente del control metropolitano. Se ha dicho de este territorio que aun deviene **res nullius**, como lo comprueban las codicias extranjeras que sobre él se ciernen, tan peligrosamente, amenazándonos con nuevas desintegraciones.

A esta región insular tendríamos que agregar la multitud de las islas que emergen en el mar nacional.

Trazado este cuadro sinóptico de las regiones en las que se divide el territorio nacional, hace falta ahora enunciar la forma de composición del elemento humano que lo ocupa.

Según las investigaciones más aproximadas y actuales, la población ecuatoriana alcanza a tres millones y medio de habitantes, etnográficamente divididos de esta manera: blancos, 800.000; indios, 1'000.000; mestizos, 1'200.000; mulatos, 400.000; negros, 80.000.

El indio, como es bien sabido, está ubicado de manera general y permanente en la región interandina, salvo excepciones como la de los cayapas, colorados etc., pero se expande también y se transfunde hacia todos los demás grupos humanos ya mencionados. Además, es indispensable no perder de vista que, no es sólo ni ha de ser considerado como indio, aquel que por su vestido peculiar, su forma de vida y su economía agreste se da en considerarlo como tal, sino que también hay que entender como coaligados al indio, todos los demás círculos de expansión a los cuales sus ondas vitales alcanzan o influyen, directa o indirectamente. O sea lo que constituye abrumadora mayoría nacional. Y si esto es así, sería grave error el que tratemos de seguir considerando como tropical a un clima humano de innegable composición y predominio indigenista de antiplano.

El blanco, si es que se puede hablar de blanco propiamente dicho en indoamérica y en Ecuador singularmente, se halla radicado entre las principales urbes. No obstante su reducido porcentaje, conjuntamente con el asimilado a blanco, es el que todavía cuenta entre sus pertenencias y

dominios con la mayor parte de las tierras laborables, inclusive los indios.

El cholo o mestizo que es el resultado del cruce entre el indio y el blanco, habita principalmente en la Sierra. Posiblemente por su número siempre creciente, está deviniendo en peligroso equilibrio inestable entre la cultura alcanzada por la civilización de los hombres blancos y la ignorancia y rudeza en la que han sumido a los habitantes del agro los cuatro siglos de dominación. Al perder el mestizo la humildosa ignorancia cerrada del indio, mediante su contacto con el medio ciudadano, como tampoco ha podido aun adquirir la medida y pulimiento cultural del civilizado, opta por la actitud descortez y petulante en beligerancia contra las normas de la convivencia social. Acaso es este tránsito, no controlado debidamente por la autoridad y la escuela, el que está ocasionando un buen número de los graves problemas y notorias deficiencias que se observan y perturban el desarrollo normal en todos los órdenes de nuestro progreso.

El mulato, producto híbrido entre el negro y el blanco o entre el negro y el indio, es el poblador específico de los campos costeros. Vive a orillas de los grandes ríos y es el fruto, además, de la herencia dejada por las antiguas importaciones africanas de los terratenientes esclavistas.

Un inteligente investigador del medio físico y la estética del montuvio o mulato costero, José de la Cuadra, nos advierte que: "el agro litoral no es patrimonio exclusivo del montuvio, siendo eso si su mayor poblado; pero —agrega— ni siquiera la zona montuvia lo es en absoluto, ya que entre los grandes ríos costeros habitan primitivas organizaciones negras y minúsculas naciones indias, aparte de que los terrenos salados los ocupa la cholería".

"El fondo es indio —continúa de la Cuadra— pero no uniforme. En primer lugar, porque en el Ecuador existían diversas nacionalidades indígenas, cuya diferencia no era solo la totémica. En segundo lugar, porque el elemento indio no se mezcló en la misma proporción con los otros elementos. Sin embargo, cabe exponer el aserto de que el fondo étnico del montuvio es indio. Y más aún —concluye—; si buscamos números medios, conjeturaríamos que el montuvio ciento por ciento se ha formado así: indio, 60%; negro, 30%; blanco, 10%".

El negro, resago esclavista, como queda enunciado,

forma pequeños núcleos diseminados por la tierra caliente, tanto del litoral como de algunas hoyas del callejón interandino. Esmeraldas y el Chota son sus moradas de mayor concentración en una y otra zona respectivamente. Su número es escaso, según lo tengo ya registrado y por lo mismo su influencia no reviste importancia esencial.

Queda aun el indio primitivo de las jivarías o tribus orientales, calculados tan solo en 150.000 en su totalidad.

Apuntados estos antecedentes o columnas de deducción y trazados los casilleros de clima, número, composición etnográfica y ubicación de los pobladores ecuatorianos, aparecen de manifiesto algunas demostraciones en orden a las finalidades que persigo en este capítulo.

Sabemos en primer término, que nuestro Ecuador, a pesar de su nombre, no es tierra de predominio tropical, sino mas bien de abundante catálogo de climas, con marcada directriz que le impone la zona templada, por su extensión, clase y número de sus pobladores. Con más el determinismo de sumisión del poblador de tierra caliente respecto del ocupante de la zona fría, señalado por Ratzel como fenómeno natural.

Esto averiguado, pasaré a demostrar estos asertos mediante otro importante factor de comprobación sociológica, el representado por sus manifestaciones artísticas, en lo que concierne a música y danzas de raíz autóctona y coloración nacional.

El negro, por razón de sus limitadas zonas de influencia dentro del país, según acabamos de verlo, atendiendo a su mínima población y a los pequeños sectores que ocupa dentro del territorio nacional, siempre mezclado además a otros grupos y soportando su predominio, hace su música y conserva sus bailes encendidos de pasión tórrida y acelerados en bárbaras dinámias, por el sol y el calor de la selva africana de donde proceden. Es innegable su influencia, aun cuando no determinante de nuevas formas. Pero, importante observación, dicho influjo trasciende mas bien a los sectores de la música y el baile de las ciudades, en las que, como es sabido, señorea el modismo cosmopolita, antes que a las agrupaciones indígenas y mestizas con las cuales muchas veces comparte la vecindad, pero a las cuales nunca ha podido contagiar la exaltación y dinamismo de sus formas de expresión musical yailable. No insistiré en este tema del negrerismo artístico, por cuanto he dedicado

un capítulo posterior de este ensayo a la descripción y literatura que se relaciona con el asunto.

Por tanto, el verdadero enfrentamiento folklórico y popular tendría que plantearse entre el grupo montuvio de las tierras calientes del litoral y los densos núcleos indígenas que perviven regados entre breñas, hoyadas, laderas, lomas y peñascales de las profundas variantes del frío de la Sierra. Veamos como se desenvuelve entre los dos grupos anotados, el drama de las formas musicales y kinestéticas regidas por la influencia telúrica y cual de ellas triunfa y se impone, asumiendo la categoría de representación nacional ecuatoriana.

Ante todo, afirmo que no existen propiamente música ni danzas regionales montuvias, representativas del clima tropical costanero. Y no porque pretenda delimitar a estas formas en su carácter de auténticamente originarias, o sea como creadas y moldeadas a imagen y semejanza de la tierra caliente ecuatoriana. No. Lo afirmo, porque, sea como proveniente de otros lugares de origen o aun cuando sólo a la manera de recreación y remodelamiento, pero el hecho es que no se puede descubrir la música y la danza nacida o prohiada dentro de nuestro litoral, engarfiada a su tierra, retornada por el riego abundoso de sus aguas, flor y fruto de su sangre corajuda, de su ánimo supersticioso, de su ancho anhelo panteísta, de su hondo sentimiento macho de vindicación y de pelea.

Ni en los afanes investigadores de Modesto Chávez Franco, "el cronista oficial de la capital montuvia, Guayaquil", uno de los mejor informados en la materia, se puede descubrir el ensamble capaz de dar contenido historiado y vital a un estilo propio y diferenciado de coreografía tropical. Tampoco de los cuadros llenos de color y ardencia del costumbrista montuvio, trazados con amor y con ingenio por José Antonio Campos, emerge el estilo y el carácter buscado y siempre escurridizo entre imitaciones, influencias y circunstanciales adopciones inconsistentes.

Para reafirmar esta tesis, importa crédito de directa referencia, recurrir otra vez a la opinión del relatista e investigador de la realidad montuvia, José de la Cuadra, quien asevera: "La inspiración musical del montuvio es rudimentaria, y la originalidad de la música llamada montuvia resulta muy discutible..." Para demostrar su punto de vista, agrega: "El "amorfino", mas interesante por la le-

tra que por el acompañamiento, es casi todo en dos por dos. El amorfino, mas ensalzado que estudiado, es el contrapunto, o dicho, o cambio de decires, de otros pueblos de América, y remonta su origen a la época colonial, explota temas pasionales como el amor, el odio, etc., se hace para ser cantado".

"En nuestro campo suelen escucharse viejas canciones cubanas y yucatecas, a las que se guarda particular afición".

"De la música moderna, lo que mejor ha captado el hombre de nuestro agro es el tango argentino, el mismo que canta y glosa como valse lento".

"En general, el montuvio transporta toda música exótica al compás del tres por cuatro más o menos acelerado, si no le es posible convertirla en una suerte de danza".

"El montuvio, es corriente, y, con frecuencia, extraordinario tocador de guitarra".

Así, pues, según las investigaciones realizadas podría deducirse que la inspiración del montuvio, más que en su música y danza, se expresa en otros órdenes del temperamento y el estilo artístico. Por ejemplo, en sus jugosos relatos llenos de imaginación tropical, conocidos con los nombres típicos de "Penaciones", en cuanto se refieren a los castigos que persiguen y atan el alma y el cuerpo del hombre maligno, hasta después de su muerte; y los "ejemplos", por medio de los cuales trata de exaltar y contrastar la conducta del bueno frente a los torcidos procedimientos del que dañó perversamente su vida o la de los otros. "Las hazañas de los montoneros, de los ladrones de ganado, de los cazadores de Lagartos, de los cortadores de madera en los bosques vírgenes, son referidas y dramatizadas en tono heroico, complicadas de múltiples episodios y salpicadas de preciosas descripciones" —nos lo cuenta quien dice haberlas oído— en las noches tropicales, cuando se organizan las reuniones campestres alrededor del fogón donde hierve el agua para el café puro que mantiene despierta la imaginación de los bravíos relatores.

En la vida y en la expresión del montuvio, alienta, en contraposición con lo indio "un sentido de justicia expiatoria casi vengativa", nos lo enseña un profesor guayaquileño estudioso del problema penal, al demostrar que las determinantes de la criminalidad del montuvio arrancan de su sen-

tido de justicia, muy semejante al que informa la *vendetta* de la Italia meridional.

Es, pues, la falta de un estilo, de carácter permanente, lo que ocasiona la versatilidad y el desdibujamiento que se revelan en todas las expresiones del alma cálida del montuvio. Incidiendo esta determinante telúrica aun en el extravío de sus prácticas religioso-católicas, retornándolas mas bien a las liturgias ancestrales del negro o a los cultos idolátricos del indio de las serranías. Su verdadera mística se resuelve en panteísmo, creación de héroes y caudillos de insurgencia y de garra.

Queda ahora por enjuiciar, frente al montuvio, a su oponente de la tierra alta: el indio. En su triple dimensión de hombre primitivo y de tribu, siervo del latifundio interandino o tipo de transición encarnado en el mestizo, incursionando siempre sobre el acervo cultural de los blancos. A este respecto lo único que queda incontrovertible es que, es sólo este del indio el núcleo étnico que nos trae desde las penumbras del Reino de Quito hasta el Ecuador de hoy, un estilo, un carácter y una fisonomía propios en la música y las danzas nacionales: con raíces profundas en la tierra y amplios ramajes que acogen y extienden su influencia fecunda, no sólo en amparo de sus propias simientes y cultivos, sino también asimilando y reabsorbiendo a todos los demás estilos que de cerca o de lejos llegan hasta su sombra.

Con modalidades propias a cada uno de sus ciclos o períodos de formación y desarrollo, bien se los vislumbre a través de la neblina de los cacicazgos del Schiry, se los distinga entre la conmixtión del incario o se los aprecie en la conquista, la colonia y la república; ocultándose como fuerza latente algunas veces, variando o adecuándose otras, pero siempre supervivientes y prolíferas, la música y las danzas del hombre nativo de la antiplanicie, se mantienen, reverdecen y aun invaden el ambiente nacional y las formas importadas.

Existe un repertorio de música, un prieto racimo vibrante de danzas que han ganado y no puede serles desconocido su carácter de ciudadanía de la ecuatorianidad, no importa si por nacimiento o nacionalización. Sus prístinos manantiales brotan desde la entraña remota de la tradición, fertilizan los surcos en los que germina la emoción guerrera, el sentimiento religioso, la pasión, el amor, el dolor y la faena colectiva.

Ahora, aun cuando rebajados a la vibración monocorde y la jornada cansina que viene devengando y así se considere sólo responden activamente y por el momento a géneros como los conocidos con el nombre de yaraví, cachullapi, san juanito y pasillo ecuatorianos, pero es incuestionable que se los puede reconocer y valorar, ya en formas indirectas de influencia o ya como raíces genitoras del arte criollo, al que lo repujan y transfunden, combinándolo con los ingredientes hispanos y más aportes asimilados de la importación. La pasividad, la tristeza y la venganza oculta que resuman del alma del indio se agitan en la entraña de este rudimentario arte nacional nuestro, con sus músicas y danzas encogidas y derrotistas, en razón de los avatares que insumieron a la raza, pero supervivientes y todavía propicios para todos los remodelamientos y superaciones en el futuro de una cultura propia.

Y de ese complejo de tristeza que entornece, estruja, pero vive y vibra siempre en los ritmos del folklore nacional, es indiscutible que nacen en cuna de cumbres andinas, desoladas acaso pero forjadas en corazón de volcán.

Su diapasón no es otro que el de estado de alma de los países fragorosos que se abren entre páramos y barrancos y se acordina entre gargantas de deshielos y brisas tajantes. Musicalizaron sus latidos al moldearse en los carrizos acústicos del rondador y la rústica quena indígenas. Ya convertidos en voz, movimiento y humano sollozo se expandieron por el valle interandino, descendiendo luego por la escala de las estribaciones de las montañas a refrescar la jungla y beber sorbos de trópico.

Y estas músicas y estas danzas representativas del espíritu y la vitalidad nacional —a cuyo enjuiciamiento desde su aspecto de función social está dedicado este ensayo—, una vez más y esto interesa dejar deslindado, no se originan y comportan en suerte de emanaciones de lo que hay de tropical en nosotros. Son más bien nítidas pulsaciones del poder reverberante del sol que se atempera y reconcentra energías telúricas entre riscos y frías mesetas de la altiplanicie.

Por todo esto que, determinar como tropical a un país dominado numéricamente e inexorablemente influenciado por grupos humanos que habitan entre los 2.000 y los 6.000 metros de altura, podrá acaso considerarse como licencia literaria, sin dejar por ello de implicar un contrasentido geosociológico.